

Dos apuestas: Robinson Crusoe y Hayy Ibn Yaqzān

La literatura universal nos ha dejado numerosas muestras de lo que el hombre es y puede dar de sí en situación de soledad. Filoctetes, en Grecia; D. Quijote y Gracián en *El Criticón*, en España; Robinson (en sus distintas versiones de Defoe, Wyse, Verne), en la tradición europea y Hayy ibn Yaqzān, en la literatura hispano-musulmana, no son sino muestras noveladas de situaciones planteadas por la filosofía de Platón, por ejemplo, Aristóteles, Avicena, Duns Scoto, Descartes, Rousseau, Nietzsche. De lo que se trata en todos los casos es de hacer el insólito experimento de observar al hombre desgajado, arrancado de la sociedad, enfrentándose así a sus más acuciantes, graves y urgentes problemas. Si la sociedad se los da, supuestamente, resueltos, en parte o por completo, la pregunta está en saber hasta qué punto se los puede solucionar él solo, con sus propios medios, sin ayuda de los demás. Todo depende de la respuesta, pues muy bien pudiera ocurrir que, incluso, hubiera cuestiones para las cuales la sociedad no sólo pudiera no ayudar sino que hasta se llegase a convertir en un obstáculo positivo. Es que, en el fondo, el problema está, en primer lugar, en saber el valor que en sí misma tiene la sociedad, frente al individuo-persona en soledad; y, en segundo término, en averiguar qué tipo de problemas y necesidades son los que se ponen en juego. Y es claro que, en gran medida, esos problemas y necesidades vendrán marcados por la época y momento histórico en que se formulan o, de modo más general, por la filosofía del hombre y del mundo que late tras ellos. Y de esos problemas y su solución, dependerá también el valor que se de o a la sociedad o al individuo aislado.

Pero este experimento del robinsonismo tiene otra perspectiva: aislado el hombre de su entorno social, así, en vivo y en solitario, pueden aparecer dimensiones del hombre que de otro modo pudieran quedar disimuladas y aun ocultas por la sociedad, cultura y medio en que vive habitualmente. No cabe duda de que el momento histórico y la circunstancia vital y social del individuo hipertrofia o atrofia, en muchas ocasiones, determinadas dimensiones de la personalidad humana que, por otra parte, le son tal vez esenciales.

Toda esta problemática se verá con más claridad yendo al caso concreto de dos tipos de robinsones como son el medieval Hayy ibn Yaqzān, en la novela filosófica del siglo XII *El filósofo autodidacta* del granadino Ibn Tufayl y el moderno europeo de Robinson, tal como nos lo plantea Daniel Defoe en su novela *Vida y extrañas aventuras de Robinson Crusoe*, en el siglo XVIII. Los dos nos van a presentar dos actitudes completamente distintas ante la sociedad, el mundo, el pensamiento y Dios; actitudes que, siendo propias del momento histórico de cada uno, marcan, a la vez, dos dimensiones del ser humano.

Los dos robinsones, el medieval y el moderno, se apartan de la sociedad, se recluyen en una isla. El primero, porque desde el comienzo de su existencia vive en ella; no se sabe si por haber nacido en la isla por generación espontánea o por haber arribado a sus costas en un cesto, recién nacido y abandonado por una princesa de tierras vecinas¹. El segundo, porque se vio arrojado a ella tras un naufragio. La diferencia es grande, ya desde el comienzo, pues aunque los dos pretendan volver al «estado natural», sin embargo, el medieval lo hace de modo más radical por no haber conocido previamente la vida social, mientras que Robinson Crusoe sí.

Por otra parte, lo que quieren poner en juego y averiguar, también es muy distinto. Baste ver los finales de las dos novelas. Hayy ibn Yaqzān, tras haber conocido la vida solitaria y luego la social, elige de nuevo la primera, sólo que acompañado esta vez de otra persona, Asāl, con quien coincide en su forma de enfocar la existencia. Hayy, que en un principio creyó en la bondad natural del hombre, acaba desengañado del mismo, a la vista de la depravación social y prefiere vivir solo, en compañía de su amigo. Pero esa compañía resulta ser extraordinariamente superficial, ajena a lo más íntimo de su ser, que sigue sumido en la más profunda soledad: los dos Hayy y Asāl están uno al lado del otro, yuxtapuestos, como confirmación mutua de sus puntos de vista;

1 La historia del robinson hispano-musulmán, Hayy ibn Yaqzān, para los no iniciados en la literatura islámica es, brevemente, como sigue: Hayy ibn Yaqzān aparece de uno de los dos modos dichos en el texto en una isla. Una gacela se cuida desde el primer momento de cuidarlo y amamantarlo, hasta el punto de que Hayy la considera como madre suya. La gacela muere y Hayy sufre un fuerte impacto por la pérdida. Pero esa situación afectiva le lleva a preguntarse por la vida y por la muerte, por el orden del mundo, por su constitución y causa. Así, llega a alcanzar todos los principios de la Filosofía. No sólo eso, sino que llegado a Dios, se remonta hasta El en éxtasis místico, en el cual profundiza como culminación de la filosofía y de la sabiduría. Al cabo de unos años, recibe la visita de Asāl, vecino de una isla cercana. En ella se profesa una religión revelada por un profeta (se entiende Mahoma) que tiene dos dimensiones: una social, legal, externa defendida por su gobernante Salāmān y otra, además de ritual, sobre todo interior con apertura a la unión mística. Esta última es una religiosidad parecida a la de Hayy. Asāl y Hayy congenian en seguida y decide éste ir a la isla a predicar las maravillas que ha encontrado en su vida de solitario a aquéllos que practican la religiosidad externa. Así lo hace, pero no lo entienden y lo rechazan de plano. Así, Hayy y Asāl se vuelven a la isla para seguir en solitario sus prácticas de religiosidad interior y vida mística.

de ningún modo constituyen un cuerpo y una vida sociales propiamente dichas. En el fondo, se trata de una negación de lo social y de una apología de la soledad.

El caso de Robinson es muy distinto ya que, después de haber vivido en soledad, no sólo la deja, volviendo a la sociedad, sino que la recrea: se casa, tiene familia y propiedades, reproduciendo, además, todo esto, en forma de hijos y herencias, dando la isla en testamento a los habitantes de la misma que le sucedieron. se trata de una negación o superación de la vida solitaria, demostrando, por un lado, los valores de la soledad; por otro, la conveniencia y sensatez de la vida social; y, finalmente, la esencia y estructura individualista del mismo orden social y del Estado, como síntesis del binomio soledad-sociedad.

Veamos con algún detalle las actitudes de Robinson Crusoe y de Hayy ibn Yaqzān. Ante todo, Robinson se siente propietario exclusivo de la isla y de todo cuanto hay en ella, hasta el punto de vivirse como rey absoluto de la misma, con poderes totales en sus manos. Es la puesta en escena del Estado Absoluto burgués del momento de Defoe. Basten algunos pasajes para ilustrar esta actitud. Nos cuenta Robinson lo siguiente: «Descendí un trecho por el declive de aquel delicioso valle observándolo con una especie de secreto placer... al pensar que todo aquello era mío, que yo era el rey y señor irrevocable de aquel sitio, sobre el que tenía plenos derechos de posesión; y que si hubiera podido transmitirlos, serían un bien hereditario tan sólido como el de cualquier señor feudal en Inglaterra»². Como se acaba de ver, este sueño lo realiza al final de sus días, haciendo de la isla un objeto efectivo de herencia. Y en otro lugar, al ver que está rodeado de bienes, de rebaños, de predios, de perros, gatos y de un loro, al que le pone de nombre Poll, que le acompañan, no puede por menos de exclamar: «El más estóico hubiese reído al verme sentado a la mesa rodeado por mi pequeña familia: allí estaba yo, su majestad el príncipe y señor de toda la isla. La vida de todos mis vasallos estaba sometida a mi absoluta voluntad; podía apresarlos, destriparlos, darles o quitarles la libertad y no había un solo rebelde entre mis súbditos. Y, al igual que un rey, comía absolutamente solo, asistido por todos mis servidores. Poll, como si fuese mi favorito, era el único que estaba autorizado para hablarme. El perro, que ya estaba viejo y maltrecho y no había encontrado ningún otro de su especie para multiplicarse, siempre se sentaba a mi derecha, y los dos gatos uno a cada lado de la mesa, esperando que de vez en cuando les diera algo de comer en la mano, como señal de favor especial»³. Finalmente, el día en que ve aproximarse unas canoas con gente a bordo, tiene de nuevo esos sentimientos de dominio y poder absolutos: «Mi isla estaba ahora poblada y me imaginé con muchos súbditos, llegando a verme placenteramente como si fuese un rey. En primer lugar, todo el país era de mi absoluta propiedad; de manera tal que tenía un derecho indis-

2. DEFOE, D.: *Robinson Crusoe*, Anaya, 1983, pág. 108. En adelante la cita se hará con las siglas RC.

3. RC, 156.

cutible de dominio. En segundo lugar, mi pueblo era perfectamente sumiso: yo era señor absoluto y legislador; todos me debían la vida y, si fuese necesario, estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por mí, si se daba la ocasión. Algo resultaba particularmente notable: no teniendo más que tres súbditos, los tres pertenecían a tres religiones diferentes: mi criado Viernes era protestante; su padre, pagano y caníbal; y el español, papista. Sin embargo, decreté libertad de conciencia en toda la extensión de mis dominios»⁴. Obsérvese que el prójimo, el otro, no es visto como un otro-yo, como un término de relaciones sociales y humanas igualitarias, interpersonales, sino como objeto de mando y de dominio: se siente rey de un territorio y, para que esa realeza sea plena, precisa de súbditos. Es el objeto y fin de la existencia de otros yoes: el de que sean súbditos en un territorio suyo. Luego volveremos sobre el tema del dominio de las personas. Por otra parte, nótese el elemento liberal del estado burgués, al proclamar incluso la libertad de conciencia, de religión. En el fondo, es el querer dominar las interioridades, bajo capa de darles libertad para tener la fe que se quiera.

Es tal su sentido de realeza, de poder sobre sus dominios que, a su cueva-casa, la llama «castillo», sólo que en esta noción no sólo se alberga la idea de gobierno sino también la de defensa y recelo contra los demás, de aislamiento del yo en medio de la colectividad. Es curioso que, cuando descubre unas huellas humanas en el suelo, se ve invadido de un miedo y terror tales, que le arrebatan el sueño e incluso le apartan de Dios. Es entonces cuando su castillo es menos palacio de rey que fortaleza defensiva de su soledad contra cualquier posible agresor: «Cuando llegué a mi castillo, pues así lo denominé siempre desde entonces, entré en él como a quien lo persiguen... No recuerdo ni siquiera qué hice por la mañana, ya que jamás una liebre o un zorro asustado huyeron a ocultarse con mayor terror que el mío a su refugio. Aquella noche no pude dormir... De este modo, el miedo borró toda mi esperanza religiosa; toda mi anterior confianza en Dios, fundada en la maravillosa prueba de su bondad, se desvanecía ahora»⁵. Luego volveré sobre esta especie de crisis religiosa. De momento, nos quedamos con el sentido de propiedad, de realeza-poder y de individualismo defensivo que plantea Robinson.

Miguel Morey, comentando los citados pasajes, dice en su estudio sobre el saber narrativo en la novela de Robinson Crusoe, que Robinson: «encarna la realización máxima del derecho de propiedad, el ideal autárquico del Estado absolutista que el capitalismo, en lugar de disolver, atomiza. ...En él [en Robinson] se da el experimento antropológico que debía revelar la constitución de ese «Estado de la Naturaleza» del que tanto hablan la mayor parte de pensadores políticos de la época. Recuérdese, por ejemplo, la caracterización de Locke (*Second Treatise On Government*, II, 4): «...no es otro que el de la perfecta libertad para ordenar sus acciones y disponer de sus personas y bienes, como

4. RC, 247.

5. RC, 163.

lo tuviesen a bien, dentro de los límites de la ley natural, sin pedir permiso o depender de otro hombre alguno». ¿Puede imaginarse otra situación más idónea para llevar a cabo la aventura de la autodeterminación de la voluntad que la de Robinson en su isla?»⁶.

Y en este estado absoluto, en esta sociedad, en última instancia, lo que prima es el individuo, el derecho de propiedad y la libertad, estando los tres conceptos esencial y estrechamente ligados. Estamos en el individualismo de la sociedad moderna y burguesa, tal como lo plantea Stuart Mill: «Los hombres en el estado de sociedad son fundamentalmente individuos; sus acciones y sus pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual. Al reunirse, no se convierten en una sustancia distinta, dotada de propiedades diferentes como el hidrógeno y el oxígeno son distintos del agua... Los seres humanos en sociedad no tienen más propiedades que las derivadas de las leyes de la naturaleza individual y que pueden reducirse a ésta».

La actitud de Ibn Tufayl ante la sociedad, ante los otros, no es en absoluto parecida a la de Robinson: ningún síntoma de afán de dominio, de realeza, de sometimiento de territorios o personas. El mundo natural y humano, la isla y sus futuros habitantes son vistos como otros yoes, como sujetos de intercambio de conciencias, de ideas; jamás como carne de sumisión y de súbditos. Más tarde podremos verlo con algún detalle añadido.

Por otro lado, Ibn Tufayl ve la vida social no como la única y exclusiva forma de realización social, sino como la otra alternativa al lado de la vida solitaria. Dice así, a propósito de la religión que se profesaba en aquella isla que había al lado de la suya propia, la de Asāl y Salāmān: «Tenía esta religión máximas que invitaban al retiro y a la soledad, dando a entender que en ésta se hallan la felicidad y la salvación, y otras que invitaban al trato y sociedad con los hombres. Asāl se dedicó a buscar el retiro, prefiriendo las máximas que trataban de él, porque por naturaleza tendía a una continua meditación y a la búsqueda de interpretaciones y de sentidos místicos de las ideas; y esperaba alcanzar en soledad muchas de estas cosas. Salāmān, por el contrario, inclinándose a las máximas que juzgaban preferible el trato social, buscaba la compañía de los hombres, por su natural apatía hacia la meditación y el libre examen; según su opinión, la vida mundana permitía además fácilmente apartar las tentaciones, alejar los malos pensamientos y librarse de las sugestiones de los demonios. Tal divergencia de criterio fue la causa de que malos se separasen»⁷.

Por otra parte, esta sociedad es vista por Hayy ibn Yaqzān de dos maneras distintas: una, antes de entrar en contacto con ella y otra después. Antes, está convencido de la bondad natural del hombre y, en consecuencia, sueña con

6. MOREY, M., *Sobre el saber narrativo: las lecciones de Robinson*, en *Saber*, Barcelona, núm. 1, febrero 1985, pág. 59.

7. IBN TUFAYL, *El filósofo autodidacto*, Traducción de Angel González Palencia, Madrid, 1948, págs. 180-181. En adelante se usarán las siglas FA para las citas.

una sociedad utópica; pero luego, al ver la realidad, se decepciona ante las ambiciones, pasiones y egosimos de la gente que vive en sociedad. Está convencido de que si todos tuviesen claro el destino último de su vida, las propiedades, las leyes, los preceptos «Todo esto le parecería extraño a la vez que lo hallaba inútil; y entre sí decía que, si los hombres comprendiesen este asunto en su realidad, se apartarían seguramente de las cosas inútiles, dirigiéndose sólo a la Verdad y prescindiendo de todas las leyes citadas; nadie tendría propiedad privada, por la que hubiera de pagar limosna legal, o por cuyo hurto se hubieran de cortar las manos [al ladrón] o por cuyo robo público hubiera de castigarse con pena capital. Lo que le sugería tal creencia era su opinión de que todos los hombres están dotados de un natural excelente, de una inteligencia penetrante, de un ánimo resuelto. No sabía lo estúpidos, imperfectos, faltos de juicio e inconstantes que son los hombres; ignoraba que son»⁸. A esta decepcionante conclusión llega Hayy ibn Yaqzān cuando, después de predicarles su mensaje, su verdad interior, lo desoyen: Hayy predica a los hombres de la isla y no entienden que les diga «cosas contrarias a las que antes habían entendido», con lo cual, dice que «se apartaron de él sus almas tomaron horror a las doctrinas que él traía en su interior se irritaron contra él, aunque le mostraran buena cara, por consideración a su carácter de extranjero y por respeto a su amigo Asāl». La gente prefirió seguir «por el camino común de los hombres» sin dar entrada a la verdad de Hayy pese a que eran buenos y sinceros; pero tenían poca cabeza. De esta forma, Hayy cae en la cuenta de los vicios que tiene esa gente y de las pasiones que les arrastran. Así, vio que su predicación era inútil y «que la mayor utilidad que el vulgo podía sacar de la ley religiosa, se refería sólo a su vida mundana, para pasar tranquilamente la existencia, sin que nadie se les oponga al disfrute de lo que ellos juzgan cosa propia; que no alcanzarían la felicidad de la otra vida, salvo individuos raros y aislados, a saber, «aquéllos que quieren la vida futura, que hacen esfuerzos serios por alcanzarla y que son creyentes» [Corán XVII, 20]. «Pero el que es impío y prefiere la vida de este mundo a la futura, tendrá el infierno por morada» [Corán, LXXXIX, 37, 38]. Así, cayó en la cuenta de que «la naturaleza de los hombres, la mayor parte de ellos son como bestias irracionales, conoció que la sabiduría toda, la dirección y la confianza están en lo que los profetas han hablado y la ley contiene»⁹. Por cierto, si he transcrito la cita de ibn Tufayl completa, con sus versículos del Corán incluidos, es porque también Da-

8. FA, 192. Este pasaje recuerda mucho a otro de Avempace, en su *Régimen del solitario*, donde dice hablando de la sociedad ideal, de aquella sociedad en que reina por encima de todo la Verdad: «Por consiguiente, una de las características de la ciudad perfecta es que no existan en ella ni médico ni juez. Y una de las consecuencias generales que acompañan a las cuatro ciudades simples es que precisen tener médicos y jueces y conforme se alejan de la ciudad perfecta, más necesitan de estos dos y el status social de ambas clases de personas es más elevado».

9. FA, 195-197.

niel Defoe cita la Biblia en boca de su Robinson. He querido subrayar esta coincidencia formal a modo de curiosidad.

Hayy se da cuenta de que, como solución a la depravación humana, como medio de convivencia, está la ley, pero la ley emanada de la Verdad suprema, del pensamiento, de la revelación razonable y racional de que luego hablaré. Es la ley deducida de principios absolutos. Curiosamente, Hayy ibn Yaqzān, que no conocía la ley cuando estaba solo, al oír a Asāl, la acepta. dice así ibn Tufayl: «Luego siguió preguntando a Asāl, respecto de los preceptos que este Enviado de Dios había traído y sobre las prácticas religiosas que impusiera. Asāl le habló de la oración, la limosna legal, el ayuno, la peregrinación y otras prácticas exteriores semejantes; Hayy las aceptó y se las impuso como obligación, dedicándose a cumplirlas, para obedecer el mandato de aquél cuya veracidad le era evidente»¹⁰.

Contrasta a este respecto la moral blanda, la moral liberal tolerante, incomprometida y ambigua, no deductiva ni fundada en principios superiores de la sociedad burguesa tal como la plantea Robinson. Es una moral en la que, escondido tras ella, late el individualismo de que antes hizo gala. Es una moral que, si habla de Dios, no lo es en sentido religioso, sino utilitario y como criterio personal y subjetivo del hombre. Así, dice Defoe que Robinson, una vez que vio unos restos humanos que habían sido víctimas de canibalismo, duda en juzgar esta actitud salvaje y piensa: «¿Qué autoridad o qué misión tenía yo para pretender juzgar y ejecutar a estos hombres como si fuesen criminales, cuando Dios había decretado conveniente dejarlos sin castigo durante tantos siglos, para que fuesen de algún modo los ejecutores recíprocos de sus propios juicios? ¿Hasta qué punto estos seres me ofendían, y qué derecho tenía yo de inmiscuirme en la querrela de sangre que ellos sostenían promiscuamente? ...¿Cómo conocer el juicio de Dios para este caso particular?» Y piensa que tal vez para aquellos hombres no era tanto delito como nos parece a nosotros. «Al cabo de estas reflexiones, llegué a la conclusión de que estaba equivocado, que estos seres no eran criminales en el sentido que antes los había condenado en mi pensamiento; no eran más criminales que los cristianos que, a menudo, dan muerte a los prisioneros que caen en combate, o que con frecuencia, en varias oportunidades, pasan por las armas tropas enteras de hombres, sin darles cuartel, aunque éstos hayan bajado sus armas y se hayan rendido. En seguida pensé que, por más brutal e inhumana que fuese la costumbre de devorarse entre sí, no significaba nada para mí: esta gente no me había ofendido»¹¹.

Se trata, pues, de dos tipos de sociedad (la de Robinson y la de Hayy ibn Yaqzān) totalmente distintos. O por mejor decir, se trata de dos dimensiones sociales del hombre diferentes. Una, moral, religiosa, de cara al destino último del hombre (con todas las variantes y matices que he apuntado); la otra, de dominio, de Estado, de poder. Y frente a las dos formas sociales, dos acti-

10. FA, 190.

11. RC, 179-182.

tudes del hombre en cuanto sujeto aislado: el individuo moral, auténtico, que prescinde de la sociedad corrompida, apartándose de ella (es el caso de Hayy) y el individualismo de la sociedad y del estado burgués que arrastra consigo las mismas características del Estado y la sociedad, como ocurre con Robinson. Y en los dos casos, dos formas de moralidad y de ley: una fundada, otra sin fundar; una clara, otra ambigua; una que brota de una interioridad, otra de pura conveniencia e incumplimiento social.

Pero volviendo a la actitud individualista encarnada por Robinson, es importante subrayar el talante epocal que expresa, en la misma línea de la sociedad y del Estado burgués. En efecto, es curioso que el afán de poder y de dominio de Robinson se manifiesta también en el sentido colonialista y señorial que impregnan sus actitudes. Por ejemplo: en un momento dado en que, hartado de su soledad, sueña una noche con unos naufragos que arriban a la isla, dice que uno de ellos «se arrodillaba a mis pies como pidiéndome ayuda. Entonces yo le mostraba la escalera [del castillo], le indicaba que subiese, le llevaba a la cueva y él se convertía en mi servidor... pues este compañero me servirá de piloto, me dirá qué debo hacer, dónde aprovisionarme y dónde debo ir, si no quiero ser devorado»¹². Y cuando se encuentra por primera vez con Viernes, aquel joven que le acompañará continuamente hasta el final, que será su ser más cercano, lo primero que se le ocurre es convertirlo en siervo (el concepto de amigo parece que le resulta excesivo e impropio): «que había llegado la hora de tener un servidor, acaso un compañero o un amigo y que había sido claramente llamado por la providencia para salvar la vida de esta pobre criatura»¹³.

En cualquier caso, lo primero que hace al ver a Viernes es llevar a cabo un acto de dominio, colonizador. Le enseña dos cosas: una, a hablar a la manera occidental; otra, los fundamentos de la religión cristiana. Digamos que ahora sí que ya ha logrado imponer todo su dominio sobre Viernes, el cual, aunque llegue a ser amigo, la deuda que tiene para con Robinson, le dejará siempre en lo más profundo de su ser el marchamo imborrable de la servidumbre, del hombre colonizado.

La actitud de Hayy ibn Yaqzān, muy en consonancia con los valores que representa, es totalmente distinta. Cuando se encuentra a Asāl, el que enseña a hablar es éste, no Hayy, a pesar de que los fundamentos religiosos del Robinson musulmán son superiores a los de su visitante Asāl. Más todavía, Asāl le enseña la religión que se practica en su ciudad, una religión de normas externas, de leyes, y que Hayy acepta: «Luego siguió preguntando a Asāl, respecto de los preceptos que este Enviado de Dios había traído y sobre las prácticas religiosas que impusiera. Asāl le habló de la oración, la limosna legal, el ayuno, la peregrinación y otras prácticas exteriores semejantes; Hayy las aceptó y se las impuso como obligación, dedicándose a cumplirlas, para obedecer el

12. RC, 205.

13. RC, 209.

mandato de aquél cuya veracidad le era evidente»¹⁴. De tal modo asumió la honradez de Asāl, de tal forma aceptó su superioridad interior (a pesar de que realmente la suya era indiscutible) que decidió hacerle caso y ser su siervo en todo: «Se impuso la obligación de servirlo, de imitarlo y de seguir sus indicaciones, respecto de las prácticas religiosas que se le ofreciesen, aprendidas ya por él en su religión»¹⁵.

Por fin, dentro de este capítulo del individualismo y de la sociedad burguesa encarnadas por Robinson, hay que destacar su concepto de trabajo y de progreso. En efecto: lo que domina a Robinson Crusoe es un afán laboralista, una obsesión por demostrar varios aspectos del trabajo. Primero, dejar en claro que lo que la sociedad le da, puede él solo proporcionárselo por sus propios medios. Segundo, que lo importante es hacer sublime, grandioso, eso que en realidad es tan trivial y cotidiano como es el trabajo. El trabajo que se desarrolla en la sociedad de forma normal, queda en las páginas de la novela como una auténtica heroicidad. Y ello, porque el trabajo ya no es un castigo (dentro de la concepción clásica y bíblica del mismo) sino un factor de dominio del mundo, de poder y de progreso. Robinson, con su poder personal (que expresa el poder político-social) no sólo quiere dominar a los hombres sino también a la naturaleza. El mundo, lo que le rodea, no es objeto de contemplación (pronto volveré a ello) sino de trabajo transformador, porque Robinson es el hombre que abre futuro, que hace progresar el bienestar material, que es lo importante.

Ibn Tufayl y su solitario, en cambio, no se preocupa, como objeto prioritario, del mundo del trabajo. Sólo cuatro breves alusiones al mismo a lo largo de toda la novela. En una de ellas, cuando cumple veintiún años, consigna lo siguiente: «Llegó al término de tales consideraciones [religiosas y metafísicas] en el momento de alcanzar el tercer septenario de su vida, o sea, a los veintiún años de edad. En este intervalo, desarrollóse mucho su ingenio. Se vestía y calzaba con las pieles de los animales por él cazados; hacía hilos con pelos... Había llegado hasta a la construcción, según lo que veía hacer a las golondrinas; fabricose una choza y, asimismo, alacena para las provisiones sobrantes, defendiéndola con una puerta... Había domesticado aves de rapiña para emplearlas en la casa y cogido gallinas para aprovechar sus huevos y sus pollos...» y así sigue describiendo brevemente algunos de los logros materiales que hizo¹⁶. Y, más adelante, resume de este modo su vida en la isla: «En lo referente a las cosas necesarias para la subsistencia del alma animal y con las que se le protege del exterior, poco había de ocuparse de ellas, puesto que estaba vestido de pieles y tenía una morada que le libraba de los agentes exteriores, y esto le era suficiente, sin preocuparse más de ello. En la comida, cumplió las reglas que se había impuesto»¹⁷. Por tanto, se sobreentiende que Hayy ibn

14. FA, 190.

15. FA, 189.

16. FA, 97-100.

17. FA, 155.

Yaqzān trabaja para sobrevivir, pero sin darle importancia al tema. Al mundo, por tanto, no lo ve como objeto de transformación sobre el que vierta su dimensión laboral, sino que lo contempla y lo piensa, a la manera como pronto lo veremos. Su objetivo no es el progreso en el sentido material-transformador-laboral externo, sino que en el de profundización interior, de ahondamiento en la conciencia y en el sentido del mundo. Hayy no busca manipular el mundo sino buscar su porqué y su sentido último. Por lo demás, y en consecuencia, Hayy no cree importante demostrar a nadie que puede él solo hacer lo que los demás, en colectividad, hacen. Lo que le importa es pensar él solo, aquello que los demás no piensan; llegar él solo a las profundidades de la conciencia y del mundo a las cuales los otros no alcanzan.

Todo esto se verá cuando trate de los aspectos que siguen. El cualquier caso, volviendo a Robinson, y a la luz del contraste con Hayy ibn Yaqzān, viene muy a cuento la puesta en suspenso de todos los valores que representa Robinson Crusoe y que Miguel Morey, en el trabajo citado, subraya así: «Deberíamos, en definitiva, volver sobre nuestros pasos e interrogar el valor y la verdad de lo que el mito de Robinson nos propone. Preguntarnos si en verdad las aventuras de Robinson en su isla son, como se ha pretendido repetidamente, una manifestación exacta de la lucidez y sentido práctico. Si de verdad lo que nos cuenta es tan obvio, tan sensato, tan natural, tan razonable. Y preguntarnos también por esa curiosa soberanía que Robinson representa: donde el desierto se transfigura en propiedad, la libertad se piensa como aislamiento y la sociedad de hombres libres se sueña como un agregado de hombres solos —en donde no es posible pensar la existencia sino como trabajo. Deberíamos, en fin, cuestionar esa soberanía sometida que, de tan confusa como es, hace exclamar al propio Robinson: «...el 6 de noviembre, en el sexto año de mi reinado, o de mi cautiverio, como se quiera»¹⁸.

Se ha aludido varias veces a los distintos modos de pensar de Hayy ibn Yaqzān y Robinson Crusoe. Es que detrás de estas actitudes, en el fondo hay gnoseologías distintas y, tras de éstas, a su vez, concepciones diferentes del hombre como ser pensante, como Ζῷον λογικόν, como animal racional o que piensa. Es lo que al comienzo decía: en el fondo del experimento robinsoniano, lo que se debate es una concepción concreta del hombre. Y, al contraponer al robinson islámico con el europeo, lo que ponemos sobre el tapete son dos dimensiones esenciales o posibles del hombre en cuanto tal.

Para Robinson el pensar se reduce a mero calcular, a simple organizar mentalmente el mundo, a fin de sacarle algún provecho. Es un pensar que se asemeja, por otra parte, al pensar cuantificador de Descartes para el cual, ver el mundo como *res extensa*, es considerarlo bajo el único punto de vista que me proporciona evidencia, que me da ideas claras y distintas, por el hecho de haber sido reducido a matemáticas y a mecánica: en el fondo del pensar cartesiano late un utilitarismo. Es también el pensar incluso de Ignacio de Loyola, que

18. MOREY, M., *Sobre el saber narrativo...*, pág. 60.

organiza las razones a favor y en contra, como si fuesen dos ejércitos que se ponen uno enfrente de otro, para ver cuál de los dos gana, proporcionándonos así tranquilidad a nuestro espíritu, o facilidad para tomar alguna decisión, todo lo cual no son más que simples utilidades que busco con el pensar ordenado. Es aleccionar a este propósito aquel pasaje en que dice Robinson que «para liberar mi espíritu de los pensamientos que le acosaban diariamente» y para consolarse, anotó a dos columnas las razones en pro y en contra, lo malo y lo bueno que tenía en su situación «y así, distinguía con absoluta imparcialidad, como si se tratase de un deudor y acreedor, las comodidades de que disfrutaba, de las penurias a que estaba sometido». Algunos ejemplos de esta anotación a dos columnas: como aspecto malo, el estar separado de la humanidad (el bueno correspondiente era el que no se moría de hambre), y como lado negativo, el no tener a nadie con quien hablar o que pueda consolarle (el bueno correspondiente: que Dios, milagrosamente, le hubiera dejado el barco para que rescatase algunas cosas con las que cubrir sus necesidades). «Y que sirva, pues, esta actitud como una lección extraída de la más desgraciada de todas las circunstancias humanas: que siempre podemos encontrar algo para consolarnos que, en el balance de lo bueno y de lo malo, puede colocarse en el cómputo del acreedor»¹⁹.

La alusión a Descartes no ha sido vana. En otro momento dice Robinson lo siguiente: «Así, me puse a trabajar. Debo observar aquí que, del mismo modo que la razón es la esencia y el origen de las matemáticas, si se formulan y se encuadran las cosas dentro de la razón y se las juzga racionalmente, todo hombre puede, con el tiempo, dominar cualquier arte mecánica. Nunca en mi vida había manejado una herramienta. Sin embargo, al cabo de un tiempo, con trabajo, aplicación e ingenio, llegué a la conclusión de que no había cosa que necesitara que no me fuese posible hacer, si contaba con unas herramientas». Y, al ver que empleaba mucho tiempo en hacer ciertas cosas, concluye: «el único remedio que me quedaba era la paciencia. Pero mi tiempo y mi esfuerzo tenían poco valor, puesto que daba igual emplearlos de una u otra forma»²⁰. Inevitablemente, estas palabras nos recuerdan a Descartes, concretamente en las *Reglas para la dirección del espíritu* y en el *Discurso del método*. Elijo un texto entre tantos en que proclama, por una parte, la igualdad de todos los hombres en cuanto a capacidad mental y, por otro, la necesidad de aplicar un método para que esa capacidad sea útil, rinda al máximo: «El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo: pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él, que los que incluso son más fáciles de contentar en cualquier cosa no desean habitualmente más del que tienen. En lo que no es verosímil que todos se equivoquen, sino que más bien esto atestigüa que el poder de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama buen sentido o razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y así que

19. RC., 74-75.

20. RC, 77.

la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino sólo de que conducimos nuestros pensamientos por diversos caminos y no consideramos las mismas cosas. Pues no es suficiente tener buen espíritu, lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios lo mismo que de las mayores virtudes; y los que sólo avanzan muy lentamente pueden avanzar mucho más, si siguen siempre el camino recto, que los que corren y se alejan de él»²¹. Todo ello, sin contar con la alusión robinsoniana a las matemáticas, coincidente con la filosofía de Descartes.

Esta concepción de la razón lleva a Robinson a considerar sólo como bueno y razonable, lo útil, lo que da beneficio. Así, llega a decir: «Aquello de lo que podía hacer uso, sólo para mí era valioso. Tenía lo suficiente para comer y cubrir mis necesidades y ¡qué me importaba el resto!... En una palabra, al cabo de una justa reflexión, comprendí que la naturaleza y la experiencia me habían enseñado que todas las cosas buenas de este mundo no son buenas más que por el uso que hacemos de ellas; y que las disfrutamos tanto cuando nos sirven como cuando las juntamos para dárselas a otros, pero no más»²². Y en otro lugar, abomina del dinero, no porque en sí no sea valioso o por razones morales, sino porque, en aquellas circunstancias de soledad, no le es útil: «¡Oh, droga!, ¿para qué me sirves? No tienes valor alguno para mí; ni siquiera para recogerte del suelo; uno de estos cuchillos es más útil que todo este montón de dinero; no tengo forma de usarte, quédate, pues, donde estás y vete al fondo del mar, como una criatura cuya vida no merece la pena salvar»²³. Parece, pues, que en Robinson está ausente todo vestigio de pensamiento sobre lo bueno en cuanto bueno, en cuanto atractivo, en cuanto valioso en sí. Estamos muy lejos de aquella concepción platónica del bien como luz solar que ciega por lo sublime y grandiosa.

Volviendo al pensar utilitario: cuando alguna vez habla con su loro Poll, no lo hace como quien lleva a cabo una auténtica comunicación desinteresada interhumana, sino como quien busca una simple utilidad personal, mecánica; la que surge al oír nada más que su nombre, dicho de forma automática por el pájaro, pues éste se limita a repetir lo que Robinson le enseñó, sin el más mínimo síntoma de aportación personal, de conciencia de lo que dice, incluso cuando se trata del destino del propio Robinson. En efecto, nos cuenta que: «Al tiempo que trabajaba, me entretenía hablando con el loro, enseñándole a hablar y pronto aprendió su propio nombre y a decir muy fuerte *Poll*, que fue la primera que oí emitir en aquella isla por boca distinta de la mía»²⁴. Y una noche en que se sintió especialmente solo y alejado del mundo y de la gente, oye en sueños que le llaman y dicen: «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Ro-

21. DESCARTES, *Discurso del método*, I, 2.

22. RC, 137.

23. RC, 64.

24. RC, 127.

bin Crusoe, ¿dónde estás, Robin Crusoe?, ¿dónde estás?, ¿dónde has estado?... Pero como la voz sigue repitiendo «Robin Crusoe», «Robin Crusoe», finalmente me desperté y, al principio, me asusté terriblemente y me puse de pie consternado. Pero apenas abrí los ojos vi a mi Poll apoyado en el borde del cercado e inmediatamente comprendí que era él quien me hablaba, porque era en ese tono plañidero, que yo le había enseñado y él lo había aprendido con tanta perfección, en el que, posándose en mi dedo y acercando el pico a mi rostro, repetía: «Pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás?, ¿dónde has estado?, ¿cómo has llegado hasta aquí? y cosas por el estilo que yo le había enseñado»²⁵.

El pensar de Robinson carece, por tanto, del sentido del misterio, de lo numérico, de lo que se oculta tras la realidad. Robinson *ve y mira* al mundo como objeto de cálculo, pero no lo *contempla* como escenario de maravillas, como espoleta para pensar en lo que hay que pensar. A la materia, a los demás, los ve como objetos de manipulación laboral o servil, pero no como cofres que albergan interrogantes que inquietan o seducen al hombre. En Robinson no hay pasiones, no hay contemplaciones estéticas, arrobos misteriosos que brotan desde la profundidad más íntima de la conciencia. Y ya que me he referido a la estética (esa dimensión de lo real que tal vez más nos conmueve en nuestro interior), recordemos aquel desaliño externo que lleva en su aseo personal, aquella fealdad de formas de la cual no se avergüenza y que solventa de esta manera, cortando por lo sano: «Pero, dicho sea de paso, como no había mucha gente que pudiese contemplar mi aspecto, no era algo importante para mí, motivo por el cual no hablaré más de ello»²⁶. Incluso, lo que es más llamativo, la vergüenza que el hombre experimenta por el pecado, no es por su maldad sino por el arrepentimiento que acarrea, el cual es vergonzoso, inútil, molesto: «El hombre no se avergüenza del pecado sino de su arrepentimiento; que no se avergüenza de los actos por los cuales, con justicia, será considerado como un necio, sino de volver atrás, lo cual les valdría, en cambio, la reputación de hombres prudentes»²⁷.

Al lado de Robinson Crusoe, Hayy ibn Yaqzân lleva a cabo un pensar radicalmente distinto. He aquí lo que dice el mismo Ibn Tufayl sobre cómo quiere pensar y lo que pretende con el pensamiento: «Aun así, la verdad a la que nosotros hemos llegado y que es el fin y meta de nuestra ciencia, no la hemos alcanzado sino siguiendo la doctrina del al-Gazzālī y la del maestro abū ‘Alī [Avicena] relacionándolas entre sí una con otra y ambas con las opiniones que han aparecido en nuestros días, adoptadas fervorosamente por gentes que hacen profesión de filósofos, hasta que así hemos llegado a alcanzar la Verdad, primero por el método de la investigación y de la especulación racional y obteniendo después por la visión intuitiva esta exigua dosis de experiencia mística que ahora gustamos»²⁸. Y, un poco más adelante: «Nosotros no nos conten-

25. RC, 151.

26. RC, 150.

27. RC, 21.

28. FA, 59.

tamos tampoco con que tú alcances este grado, ni quedaremos de ello satisfechos si no te elevas luego hasta otro grado que está por encima de él, pues ese grado no te garantiza la salvación, ni mucho menos el acceso al más alto de los grados. Queremos llevarte por los caminos por los cuales nosotros hemos caminado antes que tú; queremos hacerte nadar en el mar que nosotros hemos atravesado primero para que tú llegues adonde hemos llegado nosotros y veas lo que nosotros hemos visto y te cerciores por ti mismo de todo lo que nosotros nos hemos cerciorado y no tengas necesidad de atar tu ciencia a lo que nosotros hemos conocido»²⁹.

Todo lo cual, de momento, quiere decir tres cosas: primera, que cuanto va a exponer Ibn Tufayl en su novela, es algo que pertenece a su experiencia íntima, personal, no a su vida exterior, material. El libro de Ibn Tufayl es más un itinerario personal que una simple novela. Segunda: que este aislamiento personal de la conciencia, tiene mucho que ver con el llamado «hombre volante» de Avicena, que luego retomará Duns Scot para llegar, al final, a Descartes: en todos estos aislamientos, lo que se buscaba era el hallazgo de la existencia más racial, la del propio yo. Pero tanto en ellos como en Ibn Tufayl, el tema era el aislarse en sí mismo, con el propio pensamiento para hallar algo que sólo en las profundidades de la intimidad, arrancada del mundo, se puede encontrar. La tercera observación es que la metodología que va a seguir Ibn Tufayl es precisamente la citada: la de al-Gazzālī y Avicena, a saber, la que incluye dentro del saber, hikma, y del pensar, 'aql, tanto la razón discursiva de tipo cartesiano y aristotélico, como la intuitiva suprarrazional, incluso intuitiva y mística. Es el pensar de lo numérico hasta sus últimas raíces, a cuyo lado lo fenoménico, lo útil, lo cuantitativo y temporal, pierden valor y relieve. De hecho, Hayy ibn Yaqzān no se detiene en contarnos sus peripecias y aventuras puramente laborales, fabriles y de supervivencia, sino en la profundización de su pensamiento en soledad. Más aún: cuando contempla muerta a la gacela que le amamantó, no se queda en un simple sentimentalismo por tan lamentable pérdida, ni busca utilidad alguna material a aquel cadáver, sino que lo toma como objeto de pensamiento, de reflexión, para saber qué es la vida, el alma, el origen de las cosas, Dios, en una palabra. Y, precisamente, en esta cadena de reflexiones que se desatan es cuando Hayy llega al conocimiento no sólo racional de la existencia de Dios, sino a la unión mística con él.

Veamos, pues, para terminar, qué entiende Ibn Tufayl por razón y por mística, con estos dos textos, bien distintos, como se puede ver, de la idea robinsoniana y cartesiana de la racionalidad y del pensamiento. Respondiendo a un supuesto defensor de la simple racionalidad científica, lógica, dice: «Porque la razón a que él y sus secuaces quieren aludir, no es más que la facultad lógica que examina los seres sensibles individuales, para abstraer de ellos la idea universal; y los hombres razonadores, según ellos, son los que especulan siguiendo este método; mientras que la manera de que nosotros hablamos está sobre

29. FA, 62.

todo esto. Que cierre, pues, sus oídos aquél que sólo conoce las cosas sensibles y sus universales y que vuelva a reunirse con sus congéneres, los cuales «conocen las apariencias de la vida de aquí abajo y, en cambio, de la otra vida, no se preocupan» (Corán, XXX, 6)». Y sobre la mística piensa lo siguiente: «Te diré que luego de haber perdido Hayy la noción de su propia esencia y de todas las otras esencias, no viendo en la existencia más que al Uno, al Inmutable, tras de ver intuitivamente lo que vio y volver de nuevo a ver las cosas distintas de Dios al despertar de aquel estado semejante a la embriaguez, vino-le a la mente la idea de que él no tenía esencia que le distinguiese de la Verdad; que la realidad de su esencia era la esencia de la Verdad; que la cosa que él primeramente creyó ser su esencia, distinta de la de la Verdad, no era nada realmente, pues nada existía fuera de la esencia de la Verdad..., de aquí infería necesariamente que quien consigue poseer el conocimiento de la esencia divina, posee la esencia divina; pero él había logrado el conocimiento, luego él poseía la esencia. Mas esta esencia divina se identifica con su misma posesión y su posesión misma es la esencia; luego él era la misma esencia divina. Igual le sucedía con todas las esencias separadas de la materia que conocen esta esencia verdadera, las cuales antes le parecían múltiples y ahora, mediante esta sospecha, le resultaban una sola cosa».

Con esto llegamos a la cima del pensar de Hayy ibn Yaqzān y, por tanto, al tema de Dios, tanto en él como en Robinson. Este, echa mano de la Biblia que encontró entre los despojos del barco en que viajaba. Se pone afanosamente a leerla, pero no como algo que da que pensar y meditar. Ve los dichos de la Sagrada Escritura como instrumento y medio, para salvarse y sobrevivir. En una palabra, utiliza la religión para su propia supervivencia interior, para su propio consuelo, y no la vive como una vivencia profunda que surgiera de la soledad, o de la contemplación de un mundo admirable, o de una íntima experiencia del dolor o la alegría. De este modo, el diálogo con Dios que con frecuencia establece se convierte en un negocio más que en una oración, en un trato entre dos seres, uno de los cuales es omnipoderoso, como si de un rey o emperador se tratara, sin que haya misterio alguno de fondo que seduzca a Robinson, que le haga hincarse de rodillas. La Providencia se convierte en manos de Robinson en tema de simple consuelo calculado, con el mismo cálculo racional con que mide la materia para sacarle utilidad mediante el trabajo. No hay más que recordar los pros y los contras que maneja para ver la mano de una providencia que vela por él, cuando observa que han crecido, inesperadamente para él, unas espigas en un sitio que, inadvertidamente, había echado unos granos de semilla de unos sacos viejos. El utilitarismo del Dios robinsoniano recuerda una vez más al de Descartes, el cual, tras las demostraciones de su existencia, aparece un Dios cuya única razón de ser parece que es únicamente la de servir de aval a la evidencia de las ideas claras y distintas.

En consecuencia, Robinson, con ese Dios y experimentando unas vivencias religiosas tan dudosas y ambiguas, se tambalea en su quebradiza fe en dos ocasiones: una, cuando observa que las leyes naturales funcionan con tanta regularidad que hacen innecesaria la existencia de un Dios Todopoderoso y Pro-

vidente. Otra, cuando se ve amenazado por los caníbales: en lugar de buscar refugio, de prepararse para un más allá, de hincarse de rodillas tembloroso y con el ánimo quebrantado, ve que sus sentimientos se congelan. Y todo, por dos razones: una, porque, en el fondo, le da la impresión de que esa seguridad que le garantiza la Providencia y que le es tan útil y necesaria, parece que se le retira y viene abajo; otra, porque las vivencias religiosas que tiene se reducen, en definitiva, a un simple regusto interior que experimenta cuando está libre de problemas y en paz (a pesar del ropaje intelectual y racionalista con que reviste esos sentimientos). Oigamos cómo nos describe él mismo una de sus crisis religiosas, la que se le plantea ante la perspectiva de que le pueden atacar unos caníbales: «Cuando llegué a mi castillo, pues así lo denominé siempre desde entonces, entré en él como a quien lo persiguen. Si lo hice utilizando la escalera o por la abertura de la roca que llamo puerta, no puedo recordarlo. No, no recuerdo ni siquiera qué hice por la mañana, ya que jamás una liebre o un zoro asustado huyeron a ocultarse con mayor terror que el mío a su refugio. Aquella noche no pude dormir... De este modo, el miedo borró toda mi esperanza religiosa; toda mi anterior confianza en Dios, fundada en la maravillosa prueba de su bondad, se desvanecía ahora, como si El, que hasta entonces me había nutrido milagrosamente, no tuviese fuerzas para proteger los bienes que su bondad me había permitido poseer»³⁰.

Sobra decir la diferencia que en este punto separa a los dos solitarios: Robinson y Hayy ibn Yaqzân. Para este último Dios es la Verdad Suprema, misteriosa, escondida, a la cual podemos llegar por la razón, hasta un cierto nivel, pero que, para penetrar en El, debemos acudir a otros registros, cuales son los puramente religiosos de la oración, de la intuición, del éxtasis, del amor. Estamos ante un Dios filosófico pero rápidamente religiosizado, en el sentido bíblico de la palabra. El acceso a Dios exige un esfuerzo racional previo, pero a condición de que éste sea sólo instrumental, introductorio, del otro modo supremo de conocimiento, el superracional, reservado para las verdades trascendentes.

La religión revelada es necesaria para los dos, para Robinson y para Hayy. Con la única diferencia de que el primero la considera imprescindible, tal como lo confiesa cuando instruye a Viernes. El segundo, en cambio, la ve necesaria para la vida social, para mayor seguridad en el cumplimiento de los deberes, para el gran público, para los que no tienen inteligencia. En cambio, el Dios descubierto en la isla, es para Hayy ibn Yaqzân el Dios verdadero, el que da vida por dentro y desde dentro a la existencia en todos sus niveles. De hecho, cuando encuentra a Asâl, coincide con él en el tema de la concepción de la divinidad y de la unión mística; las leyes religiosas las adopta porque ve que son interesantes, porque dimanan de la divinidad en la que ambos creen y porque sirven para vivir con los demás. Por el contrario, Salâmân, es ajeno a esta problemática con su concepción religiosa del simple cumplimiento de la ley

30. RC, 164.

externa. Hayy exige que este cumplimiento esté impregnado del sentido interior del Dios que ha descubierto y que comparte con Asāl.

Ahora bien, este Dios netamente religioso de Hayy ibn Yaqzān y de Asāl, sólo se logra en soledad. Es el punto crucial del robinsonismo de Ibn Tufayl. Asāl va a la isla donde está Hayy precisamente para dedicarse a la contemplación en soledad, lejos del mundo y de la sociedad. Y, una vez que llega a la isla, al ver que no hay nadie, dice Ibn Tufayl: «Con esto se aumentó su alegría, ensanchándosele el corazón, puesto que se había decidido a llegar al último extremo en busca del retiro y la soledad»³¹. Ahora bien, cuando Asāl se encuentra al cabo del tiempo con Hayy, tiene auténtico miedo, porque teme que se vayan a venir abajo sus propósitos. Pero pronto se da cuenta de que éste es también un asceta solitario que buscaba la soledad como él. Y, sin embargo, a pesar de ello «temió que el abordarlo y trabar conocimiento con él fuese causa de turbación en su propio estado y obstáculo para la realización de sus deseos»³².

Estamos ante el solitario que ya antes había proclamado Avempace en su obra *El régimen del solitario*. Para éste, lo mismo que para Ibn Tufayl, el llegar a la meta máxima del pensar, del existir, del contemplar, Dios, es una tarea que, en primer lugar sólo se puede realizar en solitario y, en segundo término, está reservada para los mejores.

Los propósitos laborales y materiales (e incluso filosóficos y religiosos) de Robinson, únicamente se logran en sociedad. Precisamente la reclusión en la isla y la experiencia del solitario van enfocadas a demostrar que el hombre solo también puede lograr todo eso; tanto, que aun metido en sociedad, ésta habrá de constituirse como comunidad y estado de individuos. En cambio, en el caso de Hayy ibn Yaqzān, el fin último del hombre no es la vida material ni la filosofía racional, sino su destino último expresado en la gran sabiduría, hikma. Y esta tarea es incumbencia del hombre solo, del individuo en cuanto tal. La sociedad podrá ayudar, el poder podrá encauzar hacia el bien, la autoridad podrá exigir el cumplimiento de las leyes incluso religiosas. Pero la responsabilidad última es el sujeto humano en cuanto tal, al margen de la sociedad. Esta es una de las razones del mito de Hayy ibn Yaqzān: el poner en claro que la felicidad última no depende de lo social, de los demás, sino del hombre solo, de su responsabilidad inalienable, de su libertad personal. No cabe alienación ni dejación alguna de responsabilidades en manos de los conciudadanos o del poder. Recuerda, sin duda, esta situación a aquel hombre de la caverna platónica que, saliendo de ella tras romper las cadenas, se prendó de la verdad suprema. Esta aventura se realizó a condición de abandonar la sociedad y de salir en solitario hacia la luz exterior.

Por esto mismo, la tarea encomendada por Ibn Yufayl a su solitario, no puede ser para cualquiera, para el vulgo: exige condiciones intelectuales privi-

31. RC, 181.

32. RC, 184.

legiadas, excepcionales. Porque para el resto de los mortales, para la gran masa de la gente, para los menos dotados, está la sociedad con sus leyes, sus normas externas, su sentido e interpretación literal de las leyes, sus normas externas, su sentido e interpretación literal de las Escrituras, sus normas externas, su sentido e interpretación literal de las Escrituras. Para los selectos, está la unión mística, la hermenéutica alegórica, que da con lo escondido tras de la letra, con el espíritu que late detrás de las palabras escritas y de los textos. En esto también coincide Ibn Tufayl con Avempace: los dos exigen que los mejores se aparten de la vida social para formar, en todo caso, una comunidad de selectos, de sabios. Hay un aristocratismo patente que contrasta con el hombre medio de Robinson. Podríamos decir que en Ibn Tufayl y Avempace está presente el espíritu platónico: sólo salen de la caverna los esforzados, los valientes, los inteligentes, el que rompe las cadenas del interior de la cueva es un aristócrata del espíritu. En cambio, en Defoe, está presente el hombre medio, el ciudadano medio aristotélico, para el cual bastan unas normas, unas leyes, tanto sociales como lógicas, para que pueda ser feliz y llegar a la verdad. Que para el excepcional está el ostracismo, tal como lo plantea en su *Política*.

Por eso, el final de ambas novelas es tan diferente, como decía al principio: Robinson acaba reintegrado en la vida media del hombre medio, tras haber experimentado la idealización de lo trivial del trabajo material. Hayy ibn Yaqzán, vuelve a su soledad, en compañía de Asâl, tras haber comprobado que la sociedad es o inoperante o incluso un obstáculo para el fin supremo de la contemplación del sentido último de la vida, en la cual contemplación se hallan integradas en un solo bloque: Filosofía y Mística, Ciencia y Extasis, Mundo y Dios.

Estos son los dos aspectos del hombre que los dos robinsones nos plantean en su experiencia solitaria: Vida social, vida normal, vida de leyes y de normas, versus o al lado de una vida que asume libremente el proyecto personal de la existencia, de la interioridad de la conciencia que se toma como base de la existencia entera. Racionalidad científico-técnica cosida a la comunidad social que nos proporciona bienes materiales, versus o al lado de la vida en soledad que se sumerge en las profundidades de lo que está más allá de la razón y del cálculo y que se asoma al misterio que seduce y arrastra. Existencia reducida al simple espacio y tiempo, a las necesidades cuantitativas y materiales, versus o al lado de otra abierta a la transcendencia, a la divinidad que da sentido a la totalidad y al hombre entero, tanto social como en solitario. Dios tapa-agujeros, utilitario, mecánico, racionalmente conocido, versus un Dios religioso, transcendente, patente y oculto a la vez que arrastra y enamora al hombre y a la creación entera.

Joaquín LOMBA FUENTES
(Univ. de Zaragoza)